

EL CAMARADA

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año IV

7 de marzo de 1891

Núm. 175



HISTORIAS DEL MAR

Ayuntamiento de Madrid

UN RATO DE CHARLA

VOLVIENDO á lo que decíamos el otro día, me complace en extremo que nuestros estimados camaradas colaboren en este periódico; pero he de hacer una salvedad.

Ha de entenderse que nadie ha de escribir sino cuanto tenga algo de sustancia que comunicar al público, porque eso de emborronar papel por el gusto de verse puesto el nombre en letras de molde es cosa que siempre me ha hecho poca gracia. Ya sea un cuento moral, ya un articulito científico, ya un estudio de costumbres, siempre es bien recibido lo que se envía, mientras sea *publicable*. Paréceme, sin embargo, que no se eligen los asuntos como sería de desear.

Es preciso hablar siempre de lo que se entiende, particularizar en lo posible y dejarse de generalidades. Pondré un ejemplo: en vez de ocuparse en lo que no se ha visto nunca, una descripción del Polo Norte, supongamos, ¿por qué no describir escenas, costumbres, paisajes, del pueblo en que se vive? ¿Por qué no referir algún episodio de su historia, por qué no dar una breve noticia de las producciones del país, de lo típico de la localidad?

No hay que olvidar nunca que vale más una cortísima producción original que no otra que venga de segunda mano, y que así en pintura como en letras es altamente recomendable que todo esté tomado *del natural*. Algunos de nuestros estimados camaradas lo han hecho así, siendo de lamentar únicamente que no sea esta la regla general. Hable cada uno de lo que conozca y sepa, dejándose de repetir lo que por sabido se calla.

Otro escollo es el prurito de querer hacerse el *periodista*. No, por Dios: aquí no somos periodistas, oficio que respeto y estimo, pero que no es el mío. Una cosa es la prensa diaria y otra cosa es la prensa profesional ó técnica ó *especialista*, según los casos. Vengan en buen hora noticias que atañan á la educación, pero sin asomos de *reporterismo* ni escarceos de revistero de salones. Esta clase de periódicos, como el nuestro, son ante todo y esencialmente *instructivos*, y no entra en su programa el rivalizar con el *noticierismo* de la prensa diaria.

Y vienen ahora *los versos*. Yo creo que los niños deberían evitar cuidadosamente ese ejercicio, fuera de cuando componen charadas. La infancia es imitadora (y ¿cómo podría dejar de serlo?), y

con la mejor buena fe cree uno que ha dicho en verso algo nuevo cuando no ha hecho más que echar á perder lo que otro dijo ya con mucha anticipación. Y unos versos que no sean originales son, á mi juicio, malos, aunque estén bien rimados y medidos. ¡Cuántas necedades se escriben en verso, sobre todo en las composiciones tituladas *¡A ella!*, *Rimas*, *Suspiros*, y demás pitos y flautas! ¡Y se creerán los *autores* que lo hacen ricamente bien! ¡Infelices!

Las más de las veces vienen esos versos plagados de ripios, empedrados de imágenes manoseadas, sin un pensamiento original, con expresiones de sentimientos impropios de la niñez. A fe que, si no fuera faltar á las obras de misericordia, habría para escribir una sátira sangrienta sobre los chicos que se hacen el desengañado ó se quejan de los desdenes de la ingrata. Se comprende que las muchachas experimenten el más profundo horror hacia una gentecilla tan fastidiosilla.

Resumiendo: escribamos para decir algo, no para escribir sobre asuntos *fiambres*; guémonos por lo que vemos, por lo que conocemos, pero no emborronemos papel para que luego nos digan que venimos con los papeles mojados, y antes de ponernos á escribir asegurémonos de que conocemos la cuestión. Acuérdomelo de que mi catedrático de Retórica nos impuso una vez la obligación, á nosotros, chicos de trece ó catorce años, de describir *un campo de batalla*. ¡Al diablo se le iba á ocurrir eso! ¿Cómo podíamos describir una cosa que no habíamos visto nunca? Si en vez de eso nos hubiese mandado escribir una

Ayuntamiento de Madrid



descripción de algo de la localidad, hubieramos sabido lo que teníamos que decir. Téngase presente, pues, lo que queda manifestado, y siendo más modestos en nuestras aspiraciones literarias tendremos la seguridad de ser más exactos, que es lo que importa ser.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO

LA BANDERA FRANCESA

DESDE el advenimiento de los Borbones al trono de Francia hasta la revolución de 1789, el color de la bandera francesa fué blanca como las flores de lis.

En 12 de junio de dicho año, reunidos en el jardín del Palacio Real los patriotas que combatían la Asamblea Nacional, cogieron hojas verdes de los árboles, colocándoselas en sus sombreros como á distintivos particulares. Mas recordando luego que el verde era el color de la librea del conde de Artois, persona la más popular de la familia real, renunciaron á llevarla, buscando otro distintivo y otro color.

Pocos días después una orden del Comité de la Commune prevenía que todos los ciudadanos armados debían usar como á divisa, en lugar del blanco, los colores *rojo y azul*, que eran los propios de la ciudad de París.

Así se hizo; en efecto, hasta que, después que el pueblo se hubo apoderado de la Bastilla, se acordó unir al azul y rojo el color blanco, que era el de la casa reinante, para manifestar de esta suerte la unión entre el pueblo y el rey. El 17 de julio, esto es, tres días después de la toma de la Bastilla, el mismo Luis XVI, formando una cucarda con esos tres colores, la colocó por su propia mano en su sombrero, delante del pueblo reunido en la plaza de la Grève; condescendencia por demás lamentable, ya que no fué otra cosa que la abdicación de la autoridad real y la acusación de cuantos errores pudiese cometer la Revolución.

Desde aquel histórico momento la *cucarda tricolor* reemplazó en absoluto á la escarapela blanca, y los tres colores unidos pasaron á ser los colores nacionales de la Francia.

Sin embargo, las banderas de los regimientos y los estandartes de los escuadrones siguieron como antiguamente, blancos, flordelisados en oro, adornándolos sólo con una corbata tricolor, hasta que en 1792 el lienzo blanco fué sustituido por otro compuesto de tres tiras: rojo, blanco y azul.

Cuando la Restauración de 1814, los Borbones volvieron á adoptar su antigua bandera y librea blanca; pero á raíz de su caída, habiendo sido considerada la bandera tricolor como el verdadero emblema de las grandezas y conquistas de la moderna Francia, fué abolida en un todo la bandera blanca.



La unión hace la fuerza
Ayuntamiento de Madrid

y jurada nuevamente la tricolor, aceptada asimismo por el gobierno imperial y por cuantos desde el año 30 se han sucedido en la vecina nación.

Antes de las épocas mencionadas, Francia tenía por bandera nacional la capa de San Martín, que no era más que un pequeño pabellón portátil: una caja en la que se custodiaban las reliquias del santo obispo de Tours.

Más tarde, á causa de las incomodidades que la conducción de este aparato ocasionaba y por temor de que las venerandas reliquias cayesen algún día en poder del enemigo, se sustituyeron con una bandera en cuyo centro campeaba la efigie del santo. Esta bandera, llamada también *la capa de San Martín*, era azul, cuyo color era considerado en aquella época como el nacional de Francia.

Cuando la oriflama bandera de seda roja con llamas de oro hubo reemplazado en la tercera raza de los reyes de Francia á la capa de San Martín, el rojo pasó á ser el color nacional.

Después de las Cruzadas, hasta el reinado de Carlos VI, las insignias militares de Francia fueron decoradas con una cruz roja, que Carlos VII cambió por otra blanca cuando Enrique V de Inglaterra, que se titulaba á la par rey de Francia, hubo adoptado las de Carlos VI, su antecesor.

Aunque los Borbones importaron á Francia el color blanco, no por eso todas las insignias militares fueron de ese color: blancas tan sólo lo fueron las banderas y escarapelas: los demás distintivos variaban según los cuerpos y divisiones que los debían adoptar.

T. DE LA ROSA

LAS ABEJAS

EN un hermoso día de primavera, cuando la Naturaleza parecía despertar de su letargo, cuando los árboles se vestían de verde follaje y las flores abrían su broche á las caricias del blando céfiro, que esparcía su fragancia por el ambiente, estaba paseando por un ameno jardín un joven príncipe, ávido de disfrutar las delicias con que brinda á los mortales la estación de las flores.

Paróse de repente el príncipe, movido por un sordo y continuado ruido que hiere sus oídos, y distingue á lo lejos un numeroso enjambre de abejas, cosa para él completamente nueva.

Se aproxima al espectáculo y contempla maravillado el trabajo de aquellos insectos, admirando el orden, la diligencia y laboriosidad de aquella pequeña república que pululaba alrededor del panal.

Parte de las abejas llenaban de dorada miel las pequeñas celdillas: otras corrían solícitas á chupar el dulce néctar de las flores que cubrían la pradera.

Ayuntamiento de Madrid

En sus idas y venidas, y en todos sus trabajos, las más distinguidas guiaban á las otras; así es que en todas partes reinaba la armonía y el orden más admirables.

El joven príncipe contemplaba extasiado este cuadro sin darse cuenta de que entre tantos millares de seres insignificantes reinara el orden más completo.

Embebido en su contemplación, permanecía inmóvil el príncipe, y, después de largo rato, arrullado por el blando susurro de las abejas, se quedó dormido.

Tanto le había impresionado la contemplación de aquel cuadro, que dormido continuó viendo los admirables trabajos del laborioso enjambre.

Vió en sueños que una de las abejas más distinguidas, y á quien parecía que respetaban las demás, separóse de la multitud, acercóse al príncipe, y revoloteando á su alrededor le dijo al oído:

—La contemplación de nuestros trabajos te agrada y parece que estás ab-sorto admirando nuestro gobierno. Conviene, para tu felicidad y para la felicidad de tus pueblos, que sepas deducir de lo que ves provechosas enseñanzas. Como puedes ver, aquí no se consiente en manera alguna ni el desorden ni la licencia. Entre nosotras nada de consideración á nadie, á no ser el trabajo honrado y el talento, que pueden ser útiles á nuestra pequeña república. El mérito, y sólo el mérito, es el único camino que puede conducirnos á los primeros puestos. De día y de noche nos ocupamos en cosas útiles á los hombres. ¡Ojalá que tú nos imites algún día y des á tus pueblos el orden y el bienestar que admiras en nosotras! Por este camino labrarás tu felicidad y la de tu pueblo; de este modo cumplirás el deber que te ha impuesto el destino; sólo así merecerás las bendiciones de Dios y de los hombres. Has de tener entendido que nadie tiene derecho de estar por encima de los demás sino para protegerles, para librarles de los males que les amenacen y para procurar á todos, sin distinción, los beneficios que tienen derecho á esperar de un gobierno verdaderamente solícito y paternal.

El príncipe se despertó conmovido, retirándose silencioso y cabizbajo. En su semblante veíase pintada la emoción más profunda.

Desde entonces se le vió pasar largas horas encerrado en el retiro de su gabinete y paseando contemplativo por lugares solitarios.

Cuando, más tarde, muerto su padre, fué elevado al gobierno y se le confiaron los destinos de sus conciudadanos, se mostró en todos los actos de su reinado como un verdadero padre del pueblo, y vivió y murió en medio de las bendiciones de sus súbditos.

Fué feliz é hizo la felicidad de sus gobernados.

PEDRO GARRIGA PUIG



Ayuntamiento de Madrid



¡AHUYENTADO
Ayuntamiento de Madrid



DESCANSO
Ayuntamiento de Madrid

LA OFRENDA DEL POBRE

SIENDO Fenelon arzobispo de Cambray recibía con benevolencia y sin distinción de clases á todas las personas que se le acercaban.

Todos los sábados solía celebrar la misa en el altar mayor de su metrópoli. En uno de estos días, cuando se dirigía al altar, distinguió á una



Del natural

pobre anciana que con planta insegura se dirigía hacia él dando evidentes muestras de querer dirigirle la palabra. El arzobispo se acercó á ella con benevolencia, y con dulces y cariñosas palabras la instó á que hablara sin temor.

—Monseñor,—le dijo la pobre anciana llorando y presentándole una moneda de doce sueldos,—muy grande es mi atrevimiento; pero, admirando vuestras virtudes y teniendo extraordinaria fe en vuestras rogativas, querría suplicaros que ofrecierais á mi intención la misa que vais á celebrar.

—Deme V., buena mujer,—dijo Fenelon alargando la mano y recibiendo

Ayuntamiento de Madrid



La visita del doctor
Ayuntamiento de Madrid

la ofrenda;—quedarán satisfechos vuestros deseos, y no dudéis que vuestra limosna será muy grata á Dios.

—Señores,—dijo luego el arzobispo dirigiéndose á los sacerdotes que le acompañaban para servirle en el altar;—aprended de esta pobre mujer á honrar vuestro sagrado ministerio.

Fenelon celebró la misa á la intención de la anciana, y terminada la ceremonia mandó entregar á la pobre mujer una cantidad bastante considerable y le prometió que al día siguiente celebraría también la misa á su intención.

Fenelon, á más de ser un sacerdote ejemplar por sus virtudes y por su modestia, era un hombre de raro talento y de laboriosidad á toda prueba. Muchísimas son las obras morales y religiosas que dejó escritas; pero donde brilla más su prodigioso talento es en el púlpito.

Con su dulce y fácil palabra, con su elocuencia persuasiva, con su vasto y profundo saber, supo alcanzar un nombre envidiable entre los oradores sagrados, no sólo de Francia, sino del orbe católico.

Pero el renombre de Fenelon no se debe tanto á su profundo saber como á su trato sencillo y afable. Bien poco vale el talento si no le acompaña la bondad, la sencillez y la modestia; y estas cualidades hicieron brillar más y más el talento de Fenelon.

Imitadle, queridos niños; y si no podéis ser sabios como él, seréis al menos honrados y virtuosos.

De nada os servirá el saber si tuvierais el corazón corrompido. La virtud es el más preciado tesoro del hombre.

PEDRO GARRIGA PUIG

NUESTROS GRABADOS

HISTORIAS DEL MAR

Nada más interesante que las historias del mar, y bien se conoce que la que está contando ese viejo marinero debe ser de rechupete. ¡Quién la pudiese oír de boca del propio retratado!

MOZART

Ese grandísimo hombre fué ya grande desde niño: dicen que á los cuatro años compuso una sonata. Yo admiro eso, pero no recomiendo que se imite. No nace un Mozart cada día, ni siquiera cada siglo.

LA UNIÓN HACE LA FUERZA

En ese grabado está demostrada plenamente la verdad de tal principio.
Ayuntamiento de Madrid

No es dudoso que la victoria quedará por la mamá y que los dos nenes perderán la partida; pero, cuando menos, se habrá salvado *el honor*, que dijo el otro.

AHUYENTADO

Ya le explicarán al gato ese pavo y esa pava, ambos *reales*, lo que tiene meterse con unas tan distinguidas gallináceas, que á falta de otros elementos defensivos tienen un vozarrón de los más desagradables. Y á veces produce más efecto una desafinación que un arañazo.

DESCANSO

La partida ha sido empeñadita, y justo es tomar un poco de aliento para continuar. Así debe ser la vida: una alternativa de actividad y de reposo.

DEL NATURAL

El buen pintor es de esos que quieren hacer las cosas bien, y no de memoria. Un paisaje hecho de memoria es imposible, y mucho menos un retrato doble: quiero decir de una señora y un perro.



Niña rusa

LA VISITA DEL DOCTOR

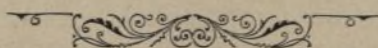
Se mandó llamar al doctor, muy buen sujeto, verdadero amigo de la casa, y el Galeno, después de examinar á la niña, muy ojerosa y ardorosa, declaró... que tome un citrato de magnesia y que se pondrá buena en seguida.

NIÑA RUSA

Una niña muy bonita y que revela mucha inteligencia. El traje, á su vez, la favorece no poco, pues es realmente tan elegante como caprichoso.

EL CHIQUITÍN DE LA CASA

Todos están con y para él, desde el papaíto que le adora hasta los hermanitos que no le adoran menos. ¡Tierna escena, profundamente conmovedora!



LA SERPIENTE ACUATICA

ERASE una anciana que tenía una hija, la cual fué un día á bañarse con algunas amigas en un estanque. Desnudáronse todas y saltaron al agua, y un momento después salió del líquido elemento una serpiente que se deslizó hacia la camisa de la hija de la anciana. Al cabo de algún tiempo, la muchacha salió del baño la primera, y, así como sus amigas, quiso coger su camisa; pero impedíasele el reptil, el cual no se movió, á pesar de los esfuerzos de la muchacha para arrojarlo, limitándose á decirle:

—Si quieres casarte conmigo te dejaré tomar la camisa.

La muchacha rehusaba aceptar semejante condición; pero sus amigas le dijeron:

—¿Qué te cuesta darle el sí, sabiendo no es posible tan monstruoso enlace?

—Pues bien,—contestó la muchacha;—me casaré.

Al oír esto, la serpiente, alejándose de la camisa, fué á precipitarse en el agua.

Apenas se hubo vestido, la niña corrió á su casa y refirió á su madre cuanto le había pasado.

—¿Qué disparates me estás contando, muchacha?—repuso la madre.—¡Como si fuera posible casarse con una serpiente!

Y no se volvió á decir nada sobre aquel incidente, que al parecer se relegó al olvido.

Al cabo de una semana la anciana vió llegar una multitud de serpientes, y al divisarlas la hija, exclamó:

—¡Salvadme, madre mía!

La buena mujer cerró al punto la puerta, atrancándola por dentro tan pronto como le fué posible; pero las serpientes querían entrar á todo trance, y, arrollándose en forma de bola, se precipitaron contra la ventana, hiciéronla pedazos é introdujéronse en la habitación. La muchacha se refugió junto al hogar; pero los reptiles la siguieron, cogiéronla y se la llevaron, siguiéndola su madre, que se lamentaba dolorosamente.

Las serpientes entraron en el estanque, precipitando á su prisionera en el fondo de sus aguas, y de súbito convirtiéronse todas en hombres y mujeres. En cuanto á la anciana, permaneció algún tiempo en la orilla, regresando después á su casa.

Al cabo de tres años, la muchacha, que vivió en el fondo del estanque, tuvo dos hijos, un niño y una niña. Muchas veces suplicó á su esposo que le permitiese ver á su madre, hasta que al fin un día cedió á sus ruegos, consintiendo en sacarla del agua, y la dejó en la orilla.

Antes de despedirse, la joven le preguntó:

—¿Cómo te debo llamar cuando te necesite?

—No tienes más que gritar: «—¡Osip (José), ven acá!» y al punto acudiré.

Así diciendo, desapareció de nuevo en el agua, en tanto que la joven se



El chiquitín de la casa
Ayuntamiento de Madrid

alejaba para ir á ver á su madre, llevando en brazos á la niña y al niño de la mano. La madre salió á recibirla loca de contento.

—¿Cómo va por aquí, madre?—preguntó la joven.

—Muy bien. Y ¿cómo lo has pasado tú allá abajo?

—Perfectamente. Segura estoy de que mi vida allí es mejor que la vuestra aquí.

Madre é hija sentáronse para conversar un rato, y poco después, llegada la hora de comer, se pusieron á la mesa.

—¿Cómo se llama tu esposo?—preguntó la madre.

—Osip.

—Y ¿cómo volverás allá?

—Llegaré hasta la orilla, y una vez allí debo gritar: ¡Osip, Osip, ven acá!

—Muy bien,—repuso la madre.—Ahora convendrá, hija mía, que vayas á descansar un poco.

La joven obedeció y muy pronto quedóse dormida. Entonces la madre fué á buscar un hacha, afilóla y dirigióse á toda prisa al estanque. Cuando estuvo en la orilla púsose á gritar:

—¡Osip, Osip, ven acá!

Apenas Osip mostró la cabeza á flor de agua, la anciana levantó el hacha y de un solo golpe le decapitó, tiñéndose en el acto del color de la sangre toda el agua del lago.

La anciana volvió entonces á su vivienda, y tan pronto estuvo en ella su hija despertó.

—Madre,—le dijo,—ya me canso de estar aquí y quiero volver á casa.

—Quédate á dormir esta noche, hija mía,—repuso la madre;—pues tal vez no encuentres otra ocasión de volver.

La joven obedeció. A la mañana siguiente su madre le sirvió el almuerzo. Luego se despidieron y la joven se marchó, llevando, como antes, su niña en brazos y siguiéndola el niño. Llegada al estanque, gritó:

—¡Osip, Osip, ven acá!

Viendo que no le contestaban, llamó varias veces, pero nadie se presentó.

Entonces fijó su atención en el agua, vió una cabeza flotante y supuso lo que había sucedido.

—¡Ay de mí!—exclamó.—Mi madre le ha muerto.

Y, sentándose á la orilla, lloró amargamente; pero luego gritó á la niña:

—Vuela por los aires como un reyezuelo, de hoy más y para siempre.

Y, volviéndose al niño, añadió:

—Tú, hijo mío, vuela como un ruiseñor, de hoy más y para siempre.

—Y yo á mi vez,—dijo,—volaré como un cuclillo, de hoy más y para siempre.

ADMINISTRACIÓN: Ramón Molinas, editor: plaza de Tetuán, 50. Barcelona.—Manuel Pla y Valor: Ancha de San Bernardo, 33. pral., Madrid

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. — NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA